

– ¿Estoy soñando?

La pregunta rebotó contra las paredes de aquel lugar extraño, que existía y no existía al mismo tiempo. Marie miró a su alrededor, en busca de una respuesta. A lo lejos, un molesto ruido atronaba en sus oídos. Cerró los ojos. Cuando los abrió estaba en su habitación, metida en la cama, el despertador sonaba encima de la mesilla. Ella alargó el brazo y lo apagó. Se levantó de la cama, y una extraña sensación se apoderó de ella. Pensó, “¿qué ocurrirá hoy?”. En unos minutos, volvió en sí y se puso de pie para ir al baño. Debía darse prisa, pues no quería llegar tarde a clase.

Media hora después, Marie salió por la puerta de su casa, en dirección al colegio. Comenzó a andar, pero vio algo que la detuvo en seco. Lo que observaba le parecía totalmente irreal. “¿Qué es esto?”, se preguntó. Ante ella estaba parado un perro, un pastor alemán. Entre los dientes tenía apresado a otro perro más pequeño. La sangre goteaba de la boca del verdugo. Marie se quedó mirándolo, dudando en si eso era real o no. Tampoco era un hecho tan extraño que un perro matara a otro, pero a ella le parecía que había algo más. Lentamente y sin dejar de mirar al pastor alemán, la chica siguió andando, con una inquietud que se extendía por su cuerpo como un veneno. Pronto perdió de vista al can, y decidió dejar de pensar en aquel suceso, prosiguiendo su camino hacia el colegio.

El ambiente de la calle se mostraba gris y difuso, como en un sueño. No había gente por la calle, ni siquiera un mísero gato callejero. Todo estaba vacío y triste, y eso asustaba a la muchacha más que nada.

Cuando llegó a clase, Marie se sentó en su sitio y se dispuso a prestar atención al profesor. Pronto, el aburrimiento se apoderó de ella, y busco un

punto donde fijar su atención para no caer dormida. Se quedó mirando la pizarra, en particular una esquina que mostraba una curiosa figura. Luces y sombras se combinaban allí para formar una misteriosa cara. La chica pudo ver nítidamente las facciones de ese rostro. Era la cara de un hombre, de rasgos afilados, nariz alargada y mandíbula marcada. Sus ojos no podían verse, pues la sombra los cubría, confiriendo a la faz un aspecto más inquietante aún.

Marie se quedó hipnotizada con ese reflejo inusual, pensando, “¿Será un fantasma?”.

Terminadas las clases, ella regresó a casa, esperando impaciente la llegada del siguiente día. Quizá pudiera parecer una tontería, pero le picaba enormemente la curiosidad de saber si esa cara seguía allí.

Al día siguiente, Marie pudo comprobar que, efectivamente, el implacable rostro continuaba mostrándose en la pizarra. Lo mismo ocurrió todos los días de aquella semana y de las siguientes. Pero no siempre aparecía de la misma manera. Unos días, la chica podía divisar en la cara un sonrisa risueña, de felicidad inocente y agradable. Esos días, Marie disfrutaba de jornadas apacibles y alegre, en las que todo le salía a pedir de boca. Otras veces, no aparecía ninguna sonrisa, sino que el hombre exponía un semblante melancólico o furioso. Dichos días, eran insoportables para la pobre muchacha, ya que en ellos le ocurrían cosas poco agradables: malas notas, desilusiones, peleas...

Marie no podía hacer otra cosa que seguir mirando la cara, rezando para que apareciera con una sonrisa. Llegó a convertirse en una obsesión para la chica. Era como una droga que no podía dejar de tomar. Había días que, aún

estando enferma, insistía en ir al colegio, solamente para ver que día le deparaba la misteriosa faz.

Siguió así durante un año, consumiéndose lentamente, hasta que un día llegó a clase y descubrió con horror que la cara había desaparecido. Marie, intentando conservar la calma, se aproximó más a la pizarra, pero siguió sin verla. Cuando el profesor entró en clase, le dijo:

– Marie, siéntate, por favor. La clase ha comenzado.

– ¿Dónde está? – preguntó la muchacha con una mirada febril.

El profesor la miró extrañado.

– ¿Quién? – le preguntó.

– ¡La cara! ¡La maldita cara! ¿Dónde está?

– Marie, no sé de que me hablas. Lo mejor será que llamemos a tus padres para que te lleven a casa, ¿vale?

Antes de mirar una vez más a la pizarra, la chica salió huyendo de clase.

Corrió tanto como pudo hasta llegar a la acera frente a su casa. Cuando fue a cruzar la carretera, se quedó asombrada. Al otro lado había un hombre alto, con una gabardina negra y el pelo cubierto por un sombrero también oscuro. Y su cara... Marie supo enseguida que era él: el hombre de la pizarra. Pero esta vez no sonreía ni estaba triste. En su rostro premonitorio no había la menor pizca de sentimiento alguno. Sólo había indiferencia en esa cara. La más absoluta indiferencia.

La chica no sabía qué era lo que le quería decir. Ansiaba conocer su suerte en ese día, así que se dispuso a cruzar la calle corriendo. No oyó ni el ruido del motor, ni el pitido, ni el golpe. Ni siquiera oyó el sonido de sus huesos al quebrarse. No sintió la sangre en su boca. No vio a la multitud

que se agolpaba a su alrededor. Lo único que podía ver Marie, era a aquel hombre misterioso que la había acompañado durante todos los días de ese año.

Durante todas las clases, incluso durante los fines de semana y las vacaciones, la chica acudía a clase solamente para conocer su porvenir.

Lentamente, el hombre fue desapareciendo, al igual que la vida de esa muchacha.

El rostro de Marie se tornó en una expresión de indiferencia. La fría indiferencia de los cadáveres.